

CÉSAR ROMERO

LEVE EDAD



Libros Canto y Cuento

I AUTOBÚS

AVECES me lo he preguntado. ¿Qué hubiera pasado? ¿Cómo habrían seguido las vidas de mis padres y hermanos? ¿En qué habrían cambiado? ¿Qué recordarían hoy, tanto tiempo después? No me refiero al dolor, ni a la añoranza por el niño perdido, ni a esa sensación de miembro amputado que siempre les habría acompañado, ni a la inevitable sombra por mi ausencia, sino a las modificaciones reales que el suceso hubiera provocado en sus vidas. No tanto por los recuerdos propios de cada uno, que ahora serían distintos, pues yo no formaría parte de ellos, cuanto por cómo habría afectado al curso de sus personales y distintas vidas y cómo habría modificado el temple general de ese órgano con vida propia que es la familia.

Pero por fortuna para ellos, y sobre todo para mí, no pasó. La mano de mi hermano mediano, siempre pendiente, tiró de mí a tiempo, lo justo para que no entrara demasiado pronto en la eternidad. Como todas las tardes nos habíamos bajado del autobús fletado por el colegio en una calle cuyo nombre de fraile aún no ha cambiado, se conoce que ese fraile no participó en ninguna guerra o si lo hizo ya nadie guarda memoria ni agravios. Distráido, como he sido siempre sin aparentarlo, iba a cruzarla cuando la mano

atenta de mi hermano mediano tiró de mí hacia sí, su mano derecha en mi hombro izquierdo, lo justo para que otro autobús, este de una línea municipal, no me llevara por delante, para que notara el tirón en ese músculo de nombre largo e impronunciable cuya existencia entonces desconocía.

La memoria es amiga de ficciones. En mi recuerdo ese autobús de línea que estuvo a punto de arrollarme es naranja, pero sé que entonces eran azules, azules con el techo pintado en tono crema, o un blanco entristecido, y tal vez una franja roja entre el azul y el blanco o crema. Con conductor y cobrador. El cobrador iba en la parte trasera, por encima de la plataforma donde se apelonaban los viajeros, como comprobaría diariamente años después, subido en un asiento que parecía trono o púlpito. Daba unos billetes pequeños, luego de mojar el dedo índice en una esponjita que después sólo volví a ver en Correos, o en ciertos negocios de filatelia y similares, con dependientes muy viejos y de maneras antiguas, o en algunos mercadillos, ya seca, arrumbada, unas esponjillas naranjas y circulares con envoltura de plástico verde, de un verde oliva, en las que los cobradores mojaban el dedo índice, no el pulgar, dedo que misteriosamente llevaban envuelto en una especie de guante o capucha de caucho. A los niños nos gustaban los tacos que quedaban cuando se acababan los billetes. Algunos se

los pedían, a los cobradores. Yo no, pero sí los cogía cuando caían al suelo, no sé para qué. Ahora pienso que porque parecían libros en miniatura, aunque entonces no era aficionado a los libros, así que la memoria debe de estar fingiendo. Me gustaba pasar los resguardos de los billetes con rapidez, sentir el ceñido viento que apenas levantaban. O quizá lo veía hacer a otros niños y me agradaba, el siseo de las hojas mínimas pasando, el leve aire que movían.

Hasta aquel día probablemente aún no me había montado en ninguno de esos autobuses azules y blancos, de incómodos asientos de madera y agarraderos de un blanco enfermizo, si acaso en el microbús cuya parada estaba en la calle de atrás del edificio donde estaba nuestro piso, que recuerdo con menos hostilidad, tal vez por su tamaño menor, a escala perfecta para un niño, tal vez porque en aquel microbús iba con mi madre al centro, e ir al centro con ella era sinónimo de que aún no había colegio, de que si me portaba bien me compraría un pastel de chocolate que me iría comiendo a la vuelta, un pastel que luego he sabido que se llamaba, se llama, «selva negra». O en lugar de ese pastel me compraba un paquete de palomitas de maíz en una calle que compartía uno de los dos raros apellidos que la denominaban con un corresponsal de la tele. Me gustaba la cadencia en el habla de aquel corresponsal. Luego he comprobado

que no era un rasgo particular suyo sino que casi todos los españoles que viven mucho tiempo en Italia acaban impregnados por esa cadencia dulce, de palabras llanas, casi sin acentuar, y si entonces no noté que había otra corresposal con la misma cadencia es porque el Vaticano e Italia para mí nada tenían que ver.

No sé qué hice aquella tarde, después de que me recompusiera el jersey y recobrará una respiración que no había perdido, pues no sabía qué había estado a un paso, literalmente, de ocurrirme. Los deberes, supongo. Como siempre, aunque entonces ese siempre aún perteneciera al futuro. Sé que bordeamos el muro de ladrillo del hogar municipal que aún permanece en esa calle con paso rápido, mi hermano mediano reprendiéndome por ser tan distraído y yo con una sensación extraña, de un lado como avergonzado por haberle fallado, porque si me hubiera pasado algo él se hubiera sentido responsable, y quién sabe cómo esa culpa le hubiera afectado ante los demás y sobre todo ante sí mismo, y su sentimiento siempre hubiera sido mayor que su culpa; del otro como reconfortado, no por mi suerte, de pequeño no se sabe lo azarosa que es la vida y por tanto no se valora la suerte, reconfortado como sólo lo está el niño que se sabe protegido. Lo del ángel de la guarda parece una tontería, un invento ñoño, pero quizá no lo sea. Nada tan perdurable es casual ni hueco. Un niño que no se siente o se sabe